

El Baúl de las Hadas



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Baúl de las Hadas

Fernando Olavarría Gabler

La familia de Federico estaba pasando las vacaciones en la casa que tenían en la orilla del lago.

Federico subió al segundo piso, donde el abuelo estaba pintando un baúl.

-¡Qué lindo te está quedando, abuelo!

-Gracias.

-¿Has pintado otros baúles antes?

-No.

-¿Por qué estás pintando éste?

-Porque es un baúl mágico.

-¿Qué tiene de mágico?

-¿Has leído el cuento de Hans Cristian Andersen donde relata que un joven volaba dentro de un baúl y se casó con la princesa?

-No, abuelo.

-Uno de estos días te lo contaré. Este baúl fue fabricado por el



mismo carpintero que hizo el baúl volador en el cuento de Andersen, por lo tanto también vuela-. Y el abuelo, abriendo la tapa, le dijo a Federico que observara el interior.

-¿Qué ves?

-Una pequeña puerta.

-Exacto. Por esta pequeña puerta se puede llegar al país de las hadas.

-Pero es muy pequeña, abuelo, yo no podría pasar.

-Evidente. Nadie puede pasar, así no más. Es necesario una contraseña. Si te fijas bien, debajo de la diminuta perilla de bronce no existe un hoyo de cerradura. La puertecilla no tiene chapa, pero está hermética.

-¿Cómo la puedo abrir, abuelo?

-Es necesario que le dé tres picotazos un pájaro carpintero negro de cabeza roja.



-¿Dónde puedo encontrar ese pájaro?

-Vive en los bosques del Sur de Chile; es el pájaro carpintero más grande de América. Golpea los árboles para sacar los gusanos que hay debajo de la corteza. Te das cuenta de que está cerca de ti porque emite un grito como una carcajada.

-¿Una carcajada?

-Sí.

-¡Qué divertido!

-¿Cómo conseguiste este baúl, abuelo?

-Lo compré en Persia.

-¿Llegaste volando hasta aquí dentro de él?

-No. ¿Sabes? Me has hecho muchas preguntas. Déjame ahora pintar tranquilo, sin distraerme.

Federico bajó la escalera y fue al jardín. Allí estaba su mamá y la abuela.

-Abuela ¿el baúl que está pintando el abuelo, es mágico?

-No lo sé , y si lo sé me lo callo, respondió la abuela.

-En su interior hay una puertecilla y el abuelo me dijo que por ahí se va al país de las hadas.

-Son cosas que te cuenta el abuelo- interrumpió la mamá-. Lo hace para entretenerte.

-Pero yo vi esa puerta, estaba dentro del baúl, a la derecha hacia arriba; y en el centro de la puerta vi una plancha donde se leía: HADAS.

Las dos mujeres se pusieron a reír.

-Te cuenta tantas cosas fantásticas tu abuelo, que terminas por creer todo lo que te dice. Ese baúl jamás ha tenido una puerta en su interior, comentó la mamá. Yo no se la he visto nunca, dijo la abuela. Recuerdo que ese baúl lo hizo Ruperto Miranda, el que construye botes aquí en el lago.

Federico quedó pensativo. Estaba seguro que había visto la puerta pero en esos momentos no podía comprobarlo porque iba a interrumpir al abuelo.

Atardecía. El Sol se escondió tras los cerros y llegó la hora de la cena. Después el niño se fue a acostar. Pero antes, lavarse los dientes y después, la oración de la noche. Y posteriormente a dormir.

El reloj de la cocina dio doce campanadas. Todos dormían. La abuela roncaba y el abuelo también. Federico se levantó y en puntillas subió por la escalera, llegó donde el baúl y abrió sigilosamente la tapa. Allí estaba la puertecilla, pero no alcanzaba a leer lo que decía en la plancha. Se introdujo en el baúl manteniendo la tapa abierta con una mano levantada pero al inclinarse para tratar de leer, perdió el equilibrio y la tapa se cerró de golpe. El niño se asustó y con las dos manos quiso abrir la tapa y ésta se abrió fácilmente echándose hacia atrás.



HADA

-Si es un baúl volador ¿cómo se conducirá?, pensó el niño sentándose en el fondo-. No veo palanca ni botón alguno. Lo más probable es que se maneje con el pensamiento. Veamos: “Pienso que el baúl se eleva”. Entonces, con gran asombro del niño, el baúl se elevó lentamente hasta dar dos botes en el cielo de la habitación.

-¡Maravilloso! Exclamó Federico. “Baja un poco baúl y sale por la ventana abierta”. Así lo hizo el baúl y el niño voló alrededor de la casa y luego aterrizó en el jardín.

-¡Fantástico! El abuelo tenía razón. ¡Demos un paseo por los inmediaciones! El baúl voló ahora con mayor rapidez por encima del bosque y llegó a un claro a bastante distancia de la casa. El niño decidió aterrizar, para descansar y sobreponerse de tantas emociones que habían llegado tan repentinamente. Allí estaba, cómodamente sentado en el baúl , afirmada la espalda en uno de los extremos y con un brazo apoyado en la tapa abierta cuando oyó furiosos ladridos de

perros que se acercaban y algo que se desplazaba por la maleza. De pronto apareció en el claro un pequeño animalito que corría a más no poder y se dirigía hacia el baúl. Federico pensó que era una liebre o un pequeño perro pardo pero no era ni lo uno ni lo otro. Era un pequeño ciervo. Un pudú, el cual, al divisar el baúl, saltó dentro de él y quedó agazapado acezando intensamente. En esos momentos tres perros aparecieron en escena y se dirigían hacia el baúl. Federico mandó elevarse al baúl y éste quedó suspendido a buena altura y con los perros ladrando allá abajo.

-Gracias por salvarme la vida- dijo el pudú, ya más repuesto. Federico no se asombró que el cervatillo le hablara, porque ya sabemos que él tenía ese don, el de conversar con los animales. De lo que sí estaba asombrado, era de la pequeñez y belleza del cervatillo.

-¿Cómo te llamas?, preguntó el niño.

-Pudú.

-¿Ése es tu nombre?

-Sí.

-¿No tienes otro nombre o un apellido?

-Sí. Me llamo Pudú, con acento en la U.

-Te iré a dejar más allá, en la espesura del bosque, para que no te hagan daño los perros- le dijo el niño.

-Te agradezco, respondió el pudú, pero veo que me he metido en un baúl mágico donde se puede llegar al país de las hadas. Quizás el destino me ha llevado hacia ti, porque la única forma de llegar al país de las hadas es mediante este baúl con su pequeña puerta, y, además, es necesario estar acompañado por un pudú y que la puerta sea picoteada por un pájaro carpintero. Para que se cumpla el sortilegio se necesita el pájaro carpintero más grande de América y el ciervo más pequeño del mundo, y ése soy yo.

-Entonces- dijo Federico, entusiasmado- vamos en busca del

pájaro carpintero gigante de moño rojo y ¡visitaremos el país de las hadas!

Viajó el baúl por encima de la interminable foresta. Hermosos y gigantescos árboles vieron pasar al minúsculo baúl, allá arriba en el cielo. Se desplazaba en una noche cuajada de estrellas que iluminaban con un tenue resplandor el silencioso paisaje.

El niño, abrazado del pequeño pudú, no sentía frío. Ambos, recostados en el fondo del baúl volaban hacia el Sur, siempre hacia el Sur...

De pronto el pudú se puso de pie y asomando la cabeza por encima del borde elevó las orejas y olfateó el aire. Luego dijo: Oigo unos picotazos en la madera. Bajemos hacia esa laguna. Desde el bosque que la rodea vienen los picotazos.

Un torrentoso riachuelo bajaba desde la montaña y desembocaba en una hermosa laguna que estaba rodeada por una tupida selva. El baúl se posó en una angosta playa de arena volcánica, en la orilla de la laguna, y Federico y el cervatillo se pusieron a



escuchar. De súbito se oyó una estridente carcajada y los viajeros vieron a un hermoso pájaro carpintero que había aparecido repentinamente y estaba posado en una alta rama de un árbol.

-¡Ahí está!-gritó el niño- ¡Ven! ¡Acércate, pájaro de moño rojo, y picotea la puertecilla de este baúl!

-¿Eres un niño carpintero? Porque desde aquí veo que tu cabeza es también roja- dijo el pájaro-, y volando silenciosamente descendió hasta el baúl.

El niño lo observaba ahora de cerca y realmente era un ave muy linda. Su plumaje de un color negro azulado resaltaba con la luminosidad de la noche y su cabeza y cuello rojos eran bellísimos. Una verdadera joya de la naturaleza.

-¿Dónde hay que picotear?- preguntó el pájaro.

-Aquí. En la pequeña puerta.

El pájaro revoloteó, y afirmando sus garras en la puertecilla

dio tres picotazos.

-Aquí no hay gusanos-dijo decepcionado- y se fue volando hacia los árboles. En esos momentos se oyó una misteriosa melodía, la puerta empezó a agrandarse, y también las paredes del baúl.

El niño y el ciervo miraban asombrados este cambio.

-¿Nos estamos achicando?, preguntó Federico en voz baja. Otra posibilidad es que el baúl se esté agrandando.

-En fin, da lo mismo- razonó el pudú-. Que la puerta se agrande y nosotros no nos achiquemos, o que nosotros nos achiquemos y la puerta no se agrande. El caso es que podemos pasar por ella.

La melodía había cesado y el niño y el ciervo estaban delante de una puerta bastante grande. Federico tomó la manilla de bronce, la hizo girar y la tiró hacia atrás. La puerta se abrió lentamente con un chirrido de goznes y nuestros dos aventureros la atravesaron...

Al otro lado, el bosque, similar al que rodeaba a la laguna, se continuaba y terminaba un poco más allá en un inmenso valle luminoso que se perdía en el horizonte. Hacia los lados, el niño divisó distantes y extensas lagunas, más valles y más selva.. La luz era magnífica y el niño, alzando la vista, constató con asombro que había tres soles, uno rosado, hacia el Este, uno blanco, en el cenit y otro rojizo al atardecer.

En el centro de este valle, Federico vio un colosal palacio con magníficas torres donde ondeaban hermosísimas banderas. Alrededor del palacio había numerosas fuentes circundadas por extensos jardines. De las fuentes se elevaban surtidores a gran altura y de diferentes colores. Por los estupendos jardines que rodeaban el palacio, danzaban y jugaban numerosos personajes. Hadas, duendes, geniecillos, gnomos, elfos, y también , delicadas muñecas y soldados de plomo con vistosos uniformes, todos dotados de vida.

Encantadoras aves trinaban en los jardines y numerosos animalitos acompañaban a esta muchedumbre que parecía irradiar una extrema felicidad. Sus gestos y risas, sus pasos de baile, sus rostros y ademanes expresaban una gran alegría. Todo esto era un espectáculo maravilloso, alumbrado por tres soles que daban una luz suavemente policroma.

El pudú, entusiasmado, dio un brinco, y retozando corrió hacia los jardines, seguido de Federico que daba gritos de alegría.

El pudú se unió a una comparsa de geniecillos y elfos que se colgaron de sus cuernos y otros se subieron a su lomo. El cervatillo, contagiado con tanta alegría, jugaba con ellos como juegan los perrillos con los niños.

Federico, cansado de tanto correr, se sentó en un banco del parque, frente a una de las fuentes. Se puso a observar cómo se acercaban las hadas y geniecillos a beber con la ayuda de ambas

manos, el agua celeste de esa fuente. Después de tomar algunos sorbos, se alejaban plenos de júbilo.

Por un sendero del jardín donde estaba Federico, apareció un viejo soldado y se sentó en el banco donde estaba el niño.

-¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!-exclamó el soldado- ¡Quién está aquí! ¡El nieto de mi amigo! ¿Tu nombre es Federico?. No puede ser otro. ¡Bienvenido al país de las hadas! Te pondré al día mediante una pequeña reseña. Pero antes me presentaré según las normas de la buena educación y regla militar. Soy el viejo soldado, y amigo de tu abuelo. Con él hemos estado en numerosas batallas combatiendo contra las fuerzas destructoras del mal. Ahora estoy jubilado; me han premiado para que administre la función de estas fuentes, y también los quehaceres del palacio de la Reina, el que estás viendo al frente. ¡Es magnífico! ¿Cierto?

Has llegado a un buen tiempo, porque has de saber que el día

en este país dura mil años, y la noche, otros mil. Yo tengo que vigilar que todo ande bien cuando termine el día, porque en la noche, iluminada por tres lunas, ocurren cosas tenebrosas. Salen los animales nocturnos que se comen unos a otros. Sapos, ranas, serpientes, lechuzas, arañas, ratas, etcétera. En la noche de mil años todos dormimos encerrados en nuestras casas, y yo tengo que vigilar que todo ande como Su Majestad lo ha decretado. Nadie puede quedarse afuera.

-He visto que todos beben de esas fuentes- dijo el niño.

-¡Ah! ¡Sí! Me olvidaba. Las fuentes que tú ves, con sus chorros de diferentes colores, tienen una cualidad que transmiten a quien la bebe. Esa fuente de color natural es Pureza, la otra celeste es Felicidad, la rosada que ves más lejana se llama Inocencia. La de color amarillo es Verdad, y la verde, hacia el Oeste, es la de Inmortalidad; esto sería una maldición para ti, ¡ni pensarlo! Llegarías al mundo,

donde tus padres y familiares morirán algún día, y tú permanecerías vivo. Sería un gran sufrimiento al verte rodeado de nuevas generaciones que pasarían también, estando tú siempre vivo. No te deseo ese martirio.

Ahora, vete a jugar. Puedes beber de todas las fuentes, menos de la verde. Ellas son el único alimento que hay en este país.

El niño se despidió del viejo soldado y fue en busca del pudú. Como tenía sed, se acercó a la fuente de agua celeste y bebió unos sorbos.

Y así Federico pasó el tiempo, jugando en ese día luminoso rodeado de personajes hermosos y alegres que expresaban en sus rostros sentimientos de extrema felicidad y pureza de corazón. Pero había una diferencia, todos eran inmortales menos él.

No sabe cuanto tiempo pasó disfrutando de tan excelsa compañía.

De la torre principal del palacio sonó un reloj de campana (“carrillón”), cuyo poderoso y armónico sonido invadió toda la comarca. Las hadas, geniecillos y todos los demás dejaron de divertirse y se dirigieron por los senderos hasta ubicarse frente al gran palacio. Federico se encontró con el viejo soldado que lo invitó a ir a ver a la Reina. Su Majestad iba a asomarse al balcón para saludar a sus súbditos y anunciaría que el día llegaba a su fin y deberían prepararse para protegerse de la oscuridad.

Frente al palacio la muchedumbre comenzó a aclamar a la Reina la que se asomó en el balcón acompañada de otra hada más joven y de un príncipe.

La multitud la vitoreaba y ella saludaba sonriente con el brazo en alto.

-¿Quiénes son los que acompañan a Su Majestad? Preguntó Federico.

-Ella es María Cristina, La princesa heredera del Reino, y el joven, es su esposo Guillermo Alejandro, Príncipe de Los Barrios Azules.

-Se ven muy felices- expresó el niño.

-Sí. Son una admirable pareja.

-Su Majestad... ¿Cuál es su nombre?

-Te has olvidado que la conociste . ¿Recuerdas cuando ibas tras tus juguetes y atravesaste las cuerdas del piano en el salón de tu casa?

-¡Ah! ¡Sí! Recuerdo que estuve en el bosque celebrando el cumpleaños de Cristina la Reina de las Hadas, y que las notas Si y Fa de las cuerdas del piano me dejaron pasar.

-Pues ahí la tienes con su hija en el balcón.

La Reina hizo un ademán con su mano enguantada y todos callaron respetuosamente.

Les habló de la gran alegría y satisfacción de ser reina de todos ellos y les anunció el fin del día. Se acercaba el solsticio de los tres soles y debían descansar. La familia real se despidió sonriente de sus súbditos y entró a los salones del palacio.

El carrillón empezó a sonar nuevamente y todos se dirigieron a sus casas. La luz de los soles empezó a disminuir lentamente de intensidad. El viejo soldado le preguntó a Federico qué había decidido hacer. En esos momentos llegó corriendo el pudú y se juntó a ellos.

-Les recomiendo- les dijo el viejo soldado- que caminen en esa dirección y se internen en el bosque, busquen la casa de madera y se refugien en ella. Apresúrense, la luz se acaba. ¡Adiós!

El niño y el pudú corrieron y entraron en el bosque. En esos momentos solamente alumbraba el sol del atardecer, los otros habían desaparecido.

Se encontraron con un gran gusano que estaba sobre una

enorme hoja, y sonriendo les contó todos sus proyectos. El niño, muy inquieto, se daba cuenta de que no era el momento apropiado para estar escuchando los proyectos y ambiciones de un gusano.

-Pronto me convertiré en una crisálida-les dijo entusiasmado el gusano- y después de dormir algún tiempo ¡seré una estupenda mariposa! ¡Linda! ¡Sin par! Todos me admirarán y yo estaré orgullosa de mi misma. ¡Seré la más bella de las criaturas! El mundo me felicitará por mi perfecta belleza física y ...

De súbito desapareció. El pudú y el niño, que habían estado parados delante del gusano, no lo pudieron encontrar. Sólo vieron dos ojos amarillos y una boca horizontal enorme, extremadamente larga. Frente a ellos estaba una inmensa rana que los miraba fijamente y saboreaba con deleite el sabroso gusano que se había tragado.

¡Corramos! Gritó Federico ¡La rana también nos puede engullir a nosotros!

Se escabulleron con rapidez en los momentos en que el descomunal batracio afirmaba las patas traseras para dar el salto.

Encontraron un sendero y corrieron despavoridos a través del bosque. Por el sendero venía hacia ellos un extraño personaje; calzaba unos zapatos desmesuradamente largos, con relucientes hebillas de plata, su vestimenta era enteramente negra y de sus hombros caía una capa de color violeta en la que estaban impactadas lunas y estrellas tan plateadas como las hebillas de los zapatos. Como sombrero llevaba un cucurucho flácido, como si se hubiera desinflado o si alguien lo hubiera quebrado de un golpe. El cucurucho tenía un color indefinido y a Federico le pareció que era tornasol porque cambiaba de color con los movimientos de la cabeza del brujo. Sí. Era un brujo. ¡No cabía la menor duda!

Cuando estuvo cerca de ellos les gritó con voz chillona: ¿Qué están haciendo por estos lugares el par de lesos? ¿No saben que

peligran sus vidas?

Como los aludidos no contestaban y permanecían inmóviles, el brujo con ojos inquisidores les preguntó si habían visto a Rocío.

-¿Rocío? ¿Es un hada?, preguntó Federico.

-No, chiquillo tonto. Es mi rana regalona.

-Sí- respondió el pudú. La vimos en el comienzo de este sendero y estuvo a punto de saltar sobre nosotros. El brujo sonrió y con una mueca grotesca se refregó las afiladas manos. Su nariz parecía estar más ganchuda y se puso bizco de placer.

-¿Así que no se los comió? ¡Qué lástima!

-¿Usted es un brujo?, preguntó Federico.

-¿Un brujo? ¿Y qué otra cosa crees que fuera? Aquí me tienes, vigilando la noche ¡qué durará mil años! Tengo que cuidar a todos mis animales regalones: Ratones, sapos, arañas, serpientes, lechuzas y otros bichos nocturnos. ¿Qué otra cosa crees que pueda ser un

individuo que cuida de ellos? ¿Qué otra cosa? ¿Ah? ¡Dime si puedes!
¿Se te ocurre algo?

Federico y el pudú estaban muy tensos ante la presencia de este antipático personaje que los trataba con rudeza, y para disminuir su tensión Federico miró hacia otro lado, hacia el cielo. Ya era de noche, y tres hermosas lunas iluminaban el bosque. Una media luna creciente, una luna llena y una cuarta menguante. Y a pesar de lo tenebroso del ambiente, las tres lunas le daban una misteriosa belleza al paisaje.

-¡Hay tres lunas! Observó el niño.

-¿Acaso no lo sabías? Imprecó el brujo.

-Sigán por este sendero y entren a la primera puerta que encuentren. Así salvarán sus vidas. Diciendo esto el brujo continuó su andar alejándose de los viajeros. Cada cierto tiempo gritaba ¡Rocío!, llamando a su rana regalona... ¡Rocío!... ¡Rocío!... ¡Rocío!... ¡Rocío!...

Hasta que se apagó su voz.

El niño y el pudú continuaron por el sendero y al final de éste se encontraron con una casona, entera hecha de madera. Tenía una gran puerta en la fachada y sendas ventanas a los lados; del techo salía una torre, y todo aquello le daba el aspecto de una iglesia.

La puerta le era conocida al niño, mientras la contemplaba oyeron unos pasos que venían del bosque. De improviso apareció una hermosa niña que se aproximó a donde estaban ellos. Era María Cristina, la hija de la Reina de las Hadas. Se veía agitada y acercándose a Federico le preguntó con angustia ¿Han visto al Guille? ¡No lo puedo encontrar! Se ha perdido ¡y ya es de noche! ¡Estoy sumamente preocupada!

-Estás asustada-dijo Federico. Dime, ¿quién es el Guille?

-Es mi esposo, el Príncipe Consorte.

-¡Ah! Guillermo Alejandro, el Príncipe de los Barrios Azules.

¿Tú le dices Guille?

-Sí. Es una demostración de cariño.

-No te preocupes. Se oyó una voz en la espesura. Era el viejo soldado que apareció en escena.

-Tu príncipe distraído ya está en el palacio y yo he venido a buscarte. ¿Por qué andas a estas horas sola en el bosque? Ven conmigo, acompáñame, yo te protegeré y llegaremos sin peligro hasta el palacio.

-¡Quiero ir con ustedes! Exclamó el pudú. Deseo vivir para siempre en el País de las Hadas.

-Es necesario que vuelvas con el niño- dijo el viejo soldado-. Gracias a tu compañía el niño no ha tenido frío en las alturas cuando navegaban por encima del bosque.

-Tienes razón- respondió el pudú. El frío era bastante intenso.

Se despidieron de la princesa María Cristina y del viejo

soldado, entraron por la puerta de la casa de madera y ...

...¡Se encontraron en el baúl!

Estamos de vuelta, dijo el pudú. Piensa que regresamos. El baúl alzó el vuelo y pronto navegaba sobre el bosque y entre las nubes.

Las tres lunas habían desaparecido. Sólo se veía la luna llena que iluminaba con su luz de plata el misterioso paisaje.

El frío era intenso y cayeron unos goterones

-Cierra la tapa del baúl para que no nos mojemos- aconsejó el pudú. Cerraron la tapa y el niño y el cervatillo se acomodaron en el fondo.

-Piensa siempre que volamos por encima del bosque hasta alcanzar el claro donde me encontraste- dijo el pudú- ¡Y no te quedes dormido! Porque podemos chocar contra los árboles.

Afuera la tempestad arreciaba. Truenos y relámpagos azotaban el cielo y el baúl se ajetreaba hacia todos lados. Era

imposible dormir así. Federico, con bastante miedo, abrazado del pudú, pensaba firmemente en continuar volando hasta llegar a su destino. Poco a poco la tempestad cesó, dejó de llover, y el baúl se detuvo. Los viajeros levantaron cautelosamente la tapa y verificaron que éste había aterrizado en el claro del bosque donde el pudú había sido perseguido por los perros.

-Es hora de despedirnos- dijo el cervatillo. Tengo que ir a mi hogar. Mi familia me espera. Adiós Federico. Nuestra aventura ha sido deliciosa. Jamás la olvidaré.

-¡Adiós pudú con acento en la u.

-Eso del acento en la u, fue una invención mía, para entretenerme, replicó el pudú, y haciendo una venia con su cabecita desapareció en la espesura.

Federico se sintió solo y triste, decidió entonces regresar a su casa.

Se elevó nuevamente el baúl y se introdujo por la ventana abierta del segundo piso. El niño salió del mágico baúl y bajó la escalera. El reloj de la cocina daba en esos momentos doce campanadas.

-¡Qué extraño- pensó el niño. Cuando empezó mi aventura el reloj estaba dando doce campanadas, y ahora hace lo mismo. ¿Acaso el tiempo no ha pasado mientras yo he estado dentro del baúl?

Abajo todos dormían. Se oían los ronquidos de la abuela. El abuelo también roncaba, pero no tan fuerte como la abuela.

El niño llegó a su dormitorio y se metió en la cama. Juntó las manos y rezó: Dios mío, protege a mi amigo el pudú, que no se lo coman los perros.

Cerró los ojos, y se quedó profundamente dormido.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina